



XXXIV

Noche Buena.

ERA yo por aquel entonces un mozalbete de catorce años cumplidos, mofletudo, con la puntiaguda nariz pareciendo picarme los carnosos labios, alma blanca de pastor de Arcadia, tímido como un colegial de antaño y ruboroso como una doncella de novela.

Como de costumbre se preparaba la «Pastorela» (Coloquio que aquí llaman), que año con año se venía representando en mi pueblo para celebrar la noche de Navidad.

Se repartieron los respectivos papeles por una señora en estado inamovible de celibato, regañona como un maestro de escuela, y gorda y obesa como dos canónigos.

A mí me tocó hacer á Herodes, que en asuntos de Pastorela era hacer á Gestas.

Pasé por el calvario interminable de los ensayos; cada noche sacrificaba mi timidez en aras de la representación.

En los ensayos resultaba un Herodes con la mansedumbre

evangélica del Cordero Pascual, en vez de tener la ferocidad de un tigre de Hircania.

—¡Más calor, más brío!—gritaba la señora con los espejuelos bailando sobre la nariz que soplabá á manera de fuelle, y yo impertérrito oía las amonestaciones de mi interlocutora.

Para mí se hicieron los ensayos extraordinarios y á domicilio; ora en pieza cerrada para evitarme la presencia de curiosos cuchicheros, ora ante un espejo grande para estudiar los gestos y marcar debidamente los ademanes.

Y llegaba la hora del ensayo, y yo tan zoquete como la vez primera que pisé las tablas.

El público que iba á todos los ensayos para saber de memoria la Pastorela la noche de la representación, á modo de comentarla sin olvidar detalle, se hacía lenguas para desprestigiar mi futura reputación de cómico aficionado. Y yo como siempre permanecía impasible.

Ya en mi corazón habían repicado alegremente antes que en la iglesia hubiesen cantado el «gloria in excelsis Deo» de la misa de Navidad: tenía novia.

Bastaron veinte ensayos para que mi corazón se inflamara con los ardores del primer amor.

Yo perdí el apetito, hablé solo y sentí tales y tantos vuelcos dentro del pecho que parecía llevaba conmigo algo revolviéndose tenaz por salir fuera: el amor se anunciaba con todo el fuego inextinguible de la pubertad.

No recuerdo cuando fué, pero sí que sucedió: era en vísperas de la representación; la gente se arremolinaba frente del pórtico intentando penetrar al teatro; la entrada estaba prohibida, y por ese solo hecho quería introducirse más público que el de costumbre; el escenario medio obscuro: mi novia —que no perdía ocasión para mirarme de soslayo y hablarme á hurtadillas— se acercó á mí resueltamente y me dijo al oído quemándome la oreja: «Si quedas bien te doy un beso».

Se oyó un murmullo confuso en la puerta, y la gente entró con la impetuosidad de un aluvión.

En mi oído sonaban con notas de música idílica las palabras de mi novia.

¿Un beso? ¿A qué sabría un beso?—me preguntaba en esas dulces confidencias que tienen los enamorados con sus pensamientos.

Y no solo me voltejeaba el corazón sino también la cabeza.

Pasó el ensayo, dije mi papel á regañadientes. Bueno estaba yo para recitaciones cuando dentro de mi alma virgen á esa clase de emociones empezaba el amor á encender su aurora!

Aquella noche no dormí las primeras horas de metido en la cama; ni me preocupaba Herodes, ni los Inocentes, ni la degollación, ni la huída á Egipto; el beso anunciado era una promesa que no dejaba de aletear á mi oído con soplos de hálitos celestiales; y aun creía sentir en el tímpano las ondas sonoras de aquella voz como las vibraciones de la última bronceína campanada después de tocado el *Angelus*; me quedé dormido como un Jacob soñando con ángeles y querubines.

¡Qué de ilusiones por aquel beso!

Yo me besé la mano creyendo, el muy iluso, encontrar similitud entre un beso dado por mí y un beso prodigado por mi novia.

¡Oh qué dulce es la ignorancia de los catorce años!

Llegó la hora de la función: estaba en traje régio, pero sin púrpura ni armiño; con corona que pretendió ser imperial y se quedó siendo ridícula por la falta de inventiva del fabricante de ella; con túnico largo y manto corto, hecho un rey de los cuatro de Birján en vez de un Herodes Antipas, con el cuerpo de azogue por el temor de un fracaso y la cara lampiña por ausencia de postizos; así vestido daba mi última consulta á la polvera, me pintaba las cejas con corcho quemado, y ponía sobre mi cabeza sin lengua cabellera la corona de cartón forrada de papel dorado y guarnecida de cuentas multicolores y piedras falsas, cuando entró la señora directora á decirme:

—¡Cuidado con ese Herodes!

Ya ves, Jusepe lo hace muy bien; hará desternillarse al mismo boticario que no se ríe nunca!

La virgen. . . . ¡Ave maría purísima! si parece de dulce!

«San José, tan serio y tan comedido ¡un santo varón! y con la barba que le pintó Fernando está hecho un patriarca....»



Y tú que seas el único que lo hagas mal!
A ver, extiende el manto, empuña el cetro, así. Ahora pá-
sate.....
Más garbo, hombre!
Levanta la cabeza, alza la mano con el cetro!
Comienza.
«¿Ya habrás visto qué contiene ese edicto del Imperio?»
¡Ese Imperio con más imperio!

Dieron el campanillazo de prevención y yo me escapé de las filípicas de la impertinente cuanto colérica señora.

Que me toca salir; que suena el silbato anunciado mutación: extendo el manto, tomo majestuosamente el cetro entre mis temblorosas manos, y al ¡ya! del traspunte acompañado de un fuerte empujón entro á escena con más prosopopeya que Aníbal atravesando los Alpes, y grito con voz estentorea:



«¿Ya habrás visto qué contiene ese edicto del Imperio?»
Y sigo con el mismo grave tono, paseándome desesperado por el proscenio, rugiente cual Edipo cuando se sacara los ojos; mi voz retumbaba formidable en los ámbitos del teatro; el escenario me parecía pequeño para contener mi soberbia

herodiana; no veía, no oía, la promesa del beso soplaba con su caricia ardiente en mi oído, mientras que en el otro atronaban los aplausos frenéticos del monstruo vencido.

¡Una apoteosis completa!

Salí de escena; se cambió decoración de salón régio por la de selva, y entré á mi cuarto sudoroso, fatigado, cual si llevara sobre mí el peso de todas aquellas cabezas de miradas punzantes como dardos y de sonrisas equívocas de rojos epigramas.

Tiré nerviosamente á rodar por el suelo mi corona de car-



tón, me despojé de una capeja puesta á guisa de talma, la cual, en la flaca memoria y en el más pobre caletre de la cos-

turera, resultó una muy mala muceta, pues se quedó abierta por la delantera por falta de tela; me quité el túnico largo y desceñido; me puse el pantalón y me quité las sandalias, que no era otro calzado el que llevaba; hice embozo del túnico y salí fuera abdicando del trono de pocos minutos antes; entre bastidores sentí dos manos suaves y ardorosas en plena noche de invierno, improvisadamente en mi rostro embadurnado de albayalde, uno, dos. . . . —perdí la noción del número—quien sabe cuántos besos!

El corazón se me hinchó dándome golpes como para salirse del pecho; después se redujo mucho parecido á esponja que se empapa y luego se aprieta furiosamente.

Las campanas llamaban ledas á la misa del gallo; la gente salía á borbotones del teatro, y yo llevaba por cima de esos ruidos una sinfonía de besos que me hicieron pensar en que era hombre. ¡Toda una resurrección!

¡Fué la primera buena noche que he pasado en Noche Buena!

* * *

Es esta verídica historia la que me confió un amigo de la infancia; al darla á mis lectores, ni quebranto un juramento ni falto á la confianza de amigo; pues después de veinte años de un suceso se olvidan los nombres de los protagonistas y sólo queda el hecho que puede contarse como fábula: este ha sido mi pecado y no tengo por que entonar ningún *mea culpa*.

